
CAPITULO XV:

Misiones del Nayarit y California.

NO hemos conseguido datos suficientes respecto de las segundas Misiones del Nayarit.

Ya vimos en otro capítulo cuales fueron los primeros esfuerzos para la conversion de esa vasta comarca; esfuerzos heroicos practicados por el V. P. Fr. Antonio Margil y su digno compañero Fr. Luis Delgado. Esa heroicidad aunque no produjo el efecto que era de esperarse, es digna de eterna memoria.

A pesar de la barrera inespugnable que entonces se presentó á aquellos asombrosos misioneros, y les impidió la entrada al centro del Nayarit; el Colegio de Guadalupe no perdió de vista la empresa, y esperó con ansia llegar el día de tomarla á pecho.

¿Pero en qué tiempo volvieron á emprenderse esas misiones? Carecemos de datos, solo sabemos en globo que el Colegio acometió de nuevo la empresa apostólica, y que á costa de afanes inauditos y sacrificios heroicos se fundaron Misiones en el Nayarit, que dieron por resultado la conversion de veinte mil nayaritas, cuya índole era salvaje é indomable.

El Nayarit formaba parte, ó estaba confundido en la Diócesis de Guadalajara. Sabemos que el Illmo. Sr. Dr. D. Diego Aranda pidió con instancia, al Colegio de Guadalupe, le facilitase misioneros para el Nayarit. Parece que algunos religiosos franciscanos de la Santa Provincia de Jalisco, habian tambien trabajado asiduamente entre aquellas tribus.

Hace cosa de treinta años que estuvieron desempeñando esas Misiones algunos religiosos que conocí perfectamente. Fué el primero el V. P. Fr. Rafael de Jesus Soria, varon verdaderamente apostólico, lleno de un celo digno de un discípulo del V. P. Margil. Este varon justo que reunia á su virtud un talento profundo, una vasta instruccion y una suma amabilidad en su trato, misionó entre fieles algun tiempo, asombrando con su elocuencia y con la uncion de sus palabras; y luego pronto

á la voz de la obediencia, partió á los desiertos del Nayarit á predicar la fe, á convertir y civilizar á aquellos indígenas.

Fué tambien misionero del Nayarit el M. R. P. Comisario de Misiones Fr. Miguel Guzman. Este varon apostólico era sumamente edificante por su actividad, por su virtud y saber. Se dijo que en un día 12 de Diciembre predicó tan fervorosa y persuasivamente á los indios, sobre la aparicion de la Santísima Virgen de Guadalupe; que conmovidos los nayaritas se separaron de la presencia del santo misionero y fueron á incendiar un templo de zacate que tenian erigido á uno de sus ídolos, cuyo incendio lo hicieron á honra de la Santísima Virgen, segun se los habia indicado el R. P. F. Miguel Guzman. Se dijo que algunos indios, idólatras obstinados, se irritaron por el incendio del templo, y quisieron dar muerte al celoso misionero; pero esto pudo evadirse y evitar la muerte. Era tan santo el R. P. Guzman, que si la prudencia no le hubiera aconsejado huir, hubiera sin duda abrazado el martirio con sumo gusto.

El M. R. P. P. Fr. Guadalupe Vazquez, fué otro de los misioneros del Nayarit, á quien tuve el gusto de conocer y tratar. Era sumamente humilde, paciente y afable. Misionó entre fieles, y luego pasó á predicar á los nayaritas. Tuvo la buena suerte de simpatizarles mucho á los indios, y esto le proporcionó trabajar con provecho admirable, en la conversion de ellos.

El M. R. P. Vazquez permaneció muchos años en el Na-

yarit, habitando una pobre choza, sufriendo mil privaciones y trabajos, solo por no abandonar aquella parte de la viña del Señor que continuamente regaba con sus sudores. Allí en aquellos desiertos esperó tranquilo la muerte, y allí secumbió al fin. Un amigo mio, eclesiástico secular, me aseguró que la muerte del R. P. Vazquez, provino de que un indio, sentido por una reprension muy justa que le hizo el santo misionero, le envenenó la comida con una yerba maligna. Otra persona me dijo que el R. P. habia muerto de una picadura de un reptil venenoso. Sea lo que fuere, lo cierto es que el R. P. Vazquez fué un asombro de abnegacion, de celo por la salvacion de las almas, y un verdadero apóstol y mártir.

El R. P. Fr. Juan Nepomuceno Pacheco, fué otro religioso conocido mio, que misionó en el Nayarit. Fué tan fervoroso y tan apostólico como los anteriores.

En el mes de Junio del presente año de 1874 en que se sepultó el M. R. P. Fr. José María Munguía, que murió en Zacatecas, y cuyo cadáver fué llevado á la bóveda de Guadalupe, se exhumaron los restos del P. Pacheco para inhumar los del P. Munguía, y fué hallado segun se me aseguró, incorrupto el cadáver del primero. Los últimos misioneros del Nayarit fueron los RR. PP. Fr. Felipe de Jesus Muñoz y Fr. Antonio de Jesus Loera, que fueron nombrados por el M. R. P. Comisario Prefecto de Misiones Fr. Miguel Guzman, en 1865.

Estos dos varones apostólicos trabajaron asidua y constantemente con sus respectivas Misiones, viviendo entre

aquellos indígenas, llenos de privaciones y sacrificios, hasta que la revolucion iniciada en Ayutla vino á trastornarlo todo, y los dos misioneros tuvieron que huir para evitar ultrajes de los guerrilleros que merodeaban hasta en el seno del Nayarit.

Durante la intervencion francesa, los RR. PP. volvieron á sus Misiones respectivas, permaneciendo en ellas desde 1864 hasta 1868 en que la escasez absoluta de recursos les hizo separarse del Nayarit, llenos de miserias y enfermedades.

El R. P. Muñoz fué á curarse á Jerez, y en esa ciudad murió en suma pobreza, tirado en un petate y cubierto con un tosco saco de jerga.

El R. P. Loera permanece aun en Bolaños, á donde tuvo que retirarse por las causas expuestas.

¡Ved como aun hay mártires!

Ved como el espíritu primitivo del Colegio de Guadalupe no llegó á extinguirse.

Las revoluciones, la política, verdadera plaga de México, interrumpió la obra grandiosa de la total conversion y civilizacion de esa frontera. ¡Pero qué no ha interrumpido y trastornado la política descabellada en nuestro desgraciado país?

Quiera el cielo que los mexicanos extraviados vuelvan sobre sus pasos y reparen los inmensos males que han causado las pasiones y las ideas extraviadas.

Quiera el cielo que ya no se piense en sistemas y multiplicaciones de leyes que no se ocupen de artes, de agricultura, de comercio, de ciencias y de moral.

Quiera el cielo que se piense en lo sólido, en lo positivo, en lo verdaderamente necesario y útil.

Quiera el cielo que en un día México tenga la gloria de proteger á los verdaderamente civilizadores de las naciones. A la Iglesia y á los misioneros, para que se trabaje en la conversion de nuestros hermanos del desierto, se les lleve la luz del Evangelio, que siempre va acompañada de la verdadera civilizacion, prosperidad y felicidad verdadera de los pueblos. Mas continuemos la historia.

Son muy dignos de referirse unos pasages extraordinarios acaecidos en el Nayarit, en el tiempo de las últimas Misiones que allí tuvo el Colegio de Guadalupe.

Esos pasages los habriamos relegado al olvido, sin darles ningun crédito; sino los hubiéramos sabido por boca de uno de los mismos respetables misioneros del Nayarit; el cual fué nada ménos que el apreciable y muy respetable P. Fr. Guadalupe Vazquez.

En una de las Misiones habian construido los misioneros una humilde casa de adove, sin blanquimento en sus paredes, ni exterior ni interiormente. En esta casa observaban con frecuencia continuos y misteriosos ruidos que no sabian á qué atribuir.

Huvo vez, que siendo por la noche, y estando reunidos los misioneros en su humilde sala, sentados en un muy pobre canapé, y estando una vela encendida y colocada sobre una pequeña mesa; oian pasos como de una persona que se paseaba á lo largo de la sala. No obstante que habia luz, nada veían.

Otras veces sentian que la tal persona estaba sobre la mesa, y hacia con los piés un ruido violento como de quien baila.

El mismo R. P. Vazquez, nos refirió que una noche estando en una pieza él y el R. P. Pacheco, cada uno se acostó en su respectiva cama, apagaron la vela y siguió el silencio; pero luego el R. P. Pacheco sintió que le hacian oscilar su cama; oscilaciones que se verificaban en la direccion de la longitud del lecho, de suerte que el R. P. Pacheco daba con la cabeza en la pared. No se alarmó, creyendo que el R. P. Vazquez, por travesura de hermanos, hacia oscilar la cama: El movimiento continuaba y aumentaba; de suerte que ya sentia dolor de cabeza el R. P. Pacheco, y entonces levantando la voz, dijo: Vazquez, sosiégate. El R. P. Vazquez preguntó desde su cama: ¿qué te sucede, Pacheco?

—¿Qué? que has venido á mover mi cama y me has dado fuertes golpes en la cabeza contra la pared.

—Yo—resdondió el P. Vazquez—no me he movido de mi cama—

Mientras esto hablaban les dos religiosos, cayó sobre la cabeza del R. P. Vazquez un petate ó estera, que habia el mismo padre puesto en la cabecera de su cama, por razon de estar la pared sin blanquimento, y temia el aire que podia infiltrarse, ó las arañas que podia haber en las hendeduras que formaban los adoves. La estera estaba fija en la pared con fuertes clavos, y no era naturalmente posible la caida de ella.

El R. P. Vazquez se sorprendió mucho por el segundo caso, y encendiendo la vela prontamente trataron ambos religiosos de saber la causa de los acontecimientos, esto es, de las oscilaciones de la cama y de la caída de la estera.

¡Nada había. Las puertas estaban bien cerradas, nadie habría podido entrar! Todo fué sobrenatural.

En otra vez estando solo en la casa el R. P. Vazquez, siendo ya por la noche, oyó que una gruesa cadena con que se aseguraba la puerta del pequeño zaguan, se movía y crugia misteriosamente. El R. P. se levantó provisto de luz, fué al zaguan y, nada se movía, ni halló causa natural para el crugir de la cadena que servía de cerrojo.

Había en la misma Mision un carpintero que acompañaba á los misioneros, y que acaso lo habían hecho ir allá para que les construyera algunos muebles para su pobre casa ó para la capilla de la Mision. Este artesano dormía en un pequeño cuarto contiguo á la habitación de los religiosos. En una noche estando acostado en medio del cuarto en una cama compuesta de saleas, y estando en completa oscuridad, oyó unos pasos dentro del cuarto, y un ruido como de hábito que vestía la persona que andaba adentro. El carpintero creyó que alguno de los misioneros iba á despertarlo para alguna cosa que se les hubiere ofrecido. Se sentó en su pobre cama y esperaba oír la voz del religioso. El personaje llegó á los piés de la cama, sacó un cerillo, lo encendió,

alumbrió con él al artesano y se quedó fijando en él una mirada penetrante. El artesano vió á aquella persona: era de buena estatura y vestía un sayal. No era ninguno de los misioneros.

Ninguno de los dos hablaba; esto es, ni el carpintero, ni el aparecido. Este retrocedió andando para atrás, y al llegar á la pared, desapareció sustituido por una luz misteriosa que brilló un momento y se extinguió luego.

Entonces el carpintero se llenó de terror, se levantó y fué á dar aviso á los misioneros, de la misteriosa aparición.

Estos y otros casos semejantes se dieron en las últimas Misiones del Nayarit, que desempeñaron por muchos años los misioneros de Guadalupe.

¿Qué sería todo eso?

Acaso el demonio era autor de todo, y no es remoto que se aparezca en forma humana llevando un hábito religioso.

Bien puede haber sido esto por permision divina, para probar la paciencia, el valor y la constancia de los misioneros en su santa empresa de convertir á los idólatras nayaritas.

Además, si el demonio era autor de todos esos ruidos y del aparecimiento referido, pudo haber tenido empeño en llenar de terror á los predicadores del Evangelio, para hacerlos prescindir de sus tareas apostólicas.

Tambien puede haber sido todo causado por alguna ó al-

gunas almas del purgatorio, que pedia sufragios con esas demostraciones, mediante el permiso divino.

Los aparecimientos del demonio y de las almas del purgatorio, bajo especies corpóreas, son muy posibles aunque muy raras. Nada tiene de opuesto á la fé católica, creer que pueden acontecer esos aparecimientos por algun alto fin de la Providencia.

La supersticion respecto de esos hechos, consiste en creer á troche y moche, contra la razon misma, que el diablo ó los muertos se aparecen con frecuencia, sin motivo alguno ó para fines que la razon tiene por supersticiosos.

El espiritismo, que ahora aparece con sumo opróbio (mas que en otros tiempos) de la inteligencia humana, es reprobado porque en él se cree que evocando espíritus, estos vienen, á voluntad de quien los evoca, y son tales ó tales almas de personas que pasaron á la eternidad, ú otra clase de espíritus que forja una cabeza desatornillada.

No hay mas espíritus que los celestiales, los infernales, las almas del lugar de expiacion, los de los niños del Limbo y las de nosotros los que aun vivimos sobre la tierra. Los espíritus celestiales solo vienen á presentarse con forma visible cuando Dios quiere y para sus altos fines: respecto de los infernales sucede lo mismo; esto es, por disposicion divina para fines muy altos ó muy necesarios; y tambien puede suceder lo mismo por permission del Señor para castigar á los crédulos é imbéciles espiritistas á quienes el demonio, y solo el demonio, es quien

les habla, los engaña y prepara para llevárselos á su tiempo, al lugar de los réprobos. Las almas del Purgatorio jamas vendrán aunque las llame quien las llamare, solo Dios puede hacerlas venir, y lo hace cuando y como conviene. Las almas que están en el Limbo ¿á qué vienen?

Debemos procurar en todo ideas sólidas, sea sobre lo natural, ó lo que está sobre el orden y leyes de la naturaleza. Esa solidez de ideas libra de preocupaciones, de supersticion y de tonteras, se tiene siempre que se procura la rectitud de la razon, la pureza de vida y la sujecion de la inteligencia á la Gran Maestra de la verdad, la Santa Iglesia, Católica, Apostólica Romana.

La historia de las Misiones del Nayarit nos ha llevado, sin sentirlo, á estas utilísimas reflexiones.

¡Con razon á la historia se la llama maestra de los siglos, pues ella lleva como por la mano á reflexiones de suma utilidad y provecho!

Hablaremos ahora de las Misiones de california, segun los pocos datos que hemos conseguido, relativos á esa gloriosa empresa.

El Baron de Humbold, ese piadoso viajero admirador de nuestro país, recorrió la California, haciendo en esa vasta Península profundas observaciones sobre todo lo mas notable de ella. Allí descubrió muchos monumentos religiosos, memorias gloriosas de los misioneros jesuitas, y no pudo menos que exclamar: ¡todo en California publica el espíritu civilizador de los jesuitas! y hace co-

nocer con cuanta injusticia se les calunnia por sus gratuitos enemigos!

Uno de los primeros misioneros de la Península de California fué el V. P. Francisco María Picolo, de la sagrada compañía de Jesus. Este V. Misionero acompañado del V. P. Juan María de Salvatierra, en medio de mil peligros é inauditos sacrificios, logró con su apreciable compañero aprender el difícil idioma *Monqui* y despues el *Laymoa* y otros. Ciertamente es muy admirable que estos apóstoles pudieran hacer estudios tan difíciles al mismo tiempo que se hallaban rodeados de innumerables trabajos.

Habiendo aprendido ambos los indicados idiomas, se dividieron entre sí el terreno para trabajar con teson en la conversion de los indios. El P. Salvatierra se encargó de la parte del Norte y el P. Picolo de las del Sur y Poniente.

Echados ya tan sólidos cimientos de la grande obra de la conversion de los indios californios, la compañía de Jesus puso un especial cuidado en llevar adelante tan santa empresa.

El decreto de expulsion hizo que se retiraran aquellos misioneros, y las Misiones quedaron interrumpidas por algun tiempo.

Despues de los PP. Jesuitas desempeñaron esas misiones los fernandinos y los guadalupanos.

En 1836, se pensó sériamente en la necesidad de que se estableciera un obispado en California, con-ide-

rando que así se facilitaba la conversion de las tribus salvajes de aquella parte del territorio mejicano. Al efecto el Gobierno decretó una ley en 19 de Setiembre de 1836, cuyos artículos fueron estos:

Primero: El gobierno, oyendo á los que por derecho toque, y á los demas que juzgue oportuno, formará un expediente instructivo de la necesidad que haya de erigir un obispado en las dos Californias.

Segundo: si del expediente resultare haber aquella necesidad, dará cuenta con él á la Santa Sede, para la aprobacion y ereccion de dicha Mitra.

Tercero. El gobierno escogerá la persona que creyere mas conveniente, de la terna que al efecto forme el Cabildo metropolitano, y la propondrá á su Santidad.

Cuarto. Al electo se le acudirá del erario público, con seis mil pesos anuales, mientras el obispado no cuente con rentas suficientes.

Quinto. Durante las mismas circunstancias, se le auxiliará del propio erario con tres mil pesos para la expedicion de las bulas y traslacion á su silla episcopal.

Sexto. Se pondrán á disposicion del mismo obispo y de sus sucesores, los bienes pertenecientes al fondo piadoso de Californias, para que los administre é invierta en sus objetos ú otros análogos, respetando siempre la voluntad de los fundadores.

Esta ley se circuló en el mismo dia 19 por la Secretaria de justicia, y se publicó por bando.

La terna para la eleccion de obispo de Californias se

formó, y salió electo y fué confirmado y consagrado obispo el Illmo. y Rmo. Sr. D. F. Francisco Garcia Diego, religioso del apostólico Colegio de Guadalupe, quien marchó á su Diócesis y procuró luego fomentar las Misiones, para convertir á la fe las muchas tribus bárbaras que habia en aquel vasto pais.

Algunos misioneros habian ido aun antes de la consagracion del Illmo. Sr. Garcia Diego, y ya habian regado con sus sudores aquel campo que comenzaba á fructificar.

El Illmo. primer prelado de ambas Californias, apenas habia recibido la santa Mitra cuando se apresuró á mandar desde México una pastoral dirigida especialmente á los misioneros Copiaremos algunos párrafos de dicha pastoral.

«Luego, queridos hijos, que el Exmo. Sr. Presidente de la República nos entregó las Bulas del Pastor Supremo de la Iglesia Católica, tratamos de dar cumplimiento á las disposiciones de la Divina Providencia, manifestadas claramente por el órgano del Vicario de Jesucristo, Nuestro Smo. Padre el Sr. Gregorio XVI. En su voz reconocemos, y hemos reconocido siempre, la voz divina del Pastor de los Pastores, y por lo mismo no nos quedó que hacer mas que someternos humildes á lo que se nos disponia.»

«Llenos de confusion en vista de nuestra pequeñez, nos resolvimos á consentir se echara sobre nuestros débiles hombros la carga episcopal, formidable aun para

los mismos ángeles; y el dia 4 de Octubre (1840) en la Iglesia Colegiata de Nuestra Madre y Patrona María de Guadalupe, fuimos consagrados por tres Illmos. Sres. Obispos. Con augusta solemnidad.....»

«Amados y venerables Padres: Teneis sin duda en el Obispo de California un compañero de vuestros trabajos, un hermano que os ama, y un misionero como vosotros que os respetará y tendrá la mayor satisfaccion en servirlos. Mientras tenemos el contento de veros, os dirigimos esta, suplicandoos encarecidamente que la leais en el púlpito á nuestros diocesanos, que les habéis con energía de los beneficios tan grandes que nuestro Señor se ha dignado hacerles, y por los que deben vivir muy agradecidos. Ponderadles la multitud de bienes que deben esperar de su Pastor: dadles alguna idea de la sublimidad del Sagrado Episcopado: habladles con frecuencia del amor que Nos les tenemos; recomendadles la gracia que el Vicario de N. S. Jesucristo les ha dispensado, y los empeños que el Gobierno de nuestra República ha tomado por su bien general.»

Una época de felicidad comenzaba para las Californias. Esa pastoral llena de ternura, era la aurora de un alegre dia para aquella parte de nuestro territorio.

Pero ¡ay! ese dia se presentó, sí; pero se nubló pronto.

El V. obispo llegó á California y en union de su corto clero y especialmente de los misioneros guadalupanos, entre los cuales se contaba humilde el nuevo y primer Pastor de aquella Diócesis, trabajo con teson por poner

en obra todos los resortes de civilizacion, de moralidad y de verdadera felicidad de aquel pais; mas vinieron de nuevo los trastornos políticos, y el Gebierno no pudo atender á la proteccion que de él necesitaba la grande obra emprendida en Californias.

El Illmo. Sr. Obispo se vió sin recursos para sus empresas de beneficencia, y esa escasez se hizo sentir cada dia mas.

El V. Prelado habia dicho á sus nuevos hijos: Ya tenéis, pues, amados hijos, á vuestro Pastor, á vuestro Obispo y á vuestro Padre; que no tratará de otra cosa sino de vuestro bien espiritual y felicidad verdadera, todos nuestros cuidados serán vuestros exclusivamente. Tenemos resuelto sacrificar los dias que nos restan de vida en serviros, favoreceros y en dedicarnos á vosotros.»

Así fué en efecto. Las cosas políticas que fueron causa de la escasez de recursos con que fomentar las misiones y los establecimientos todos de beneficencia y de verdadero progreso, pudieron interrumpirlo todo; pero no extinguir la caridad del santo mitrado misionero y de algunos otros que lo acompañaban. Poco ó casi nada se podia hacer; y esto oprimió el pecho del Pastor y comenzó á deteriorarse su salud. Se vió reducido á suma pobreza, y postrado en un despreciable lecho bajo un techo pajizo, murió por sus ovejas como hizo el Pastor divino y hace todo Pastor bueno que lo imita.

Las Misiones de las Californias se frustraron; pero no por defecto del guadalupano obispo, ni por defecto del

santo Colegio. Este tendrá la gloria de haberse prestado con heroicidad para cooperar al verdadero bien y felicidad de aquella remota region, que rodea el Pacífico.

He aquí los nombres memorables de los misioneros guadalupanos, de la California: el mismo Illmo. Sr. García Diego, antes de ser electo Obispo, los RR. PP. F. Bernardino Perez, F. Rafael Moreno, F. Jesus N. Anzar, F. José María Gutierrez, F. Juan Mercado, F. José María Gonzalez Rubio, F. Lorenzo Quijas, F. Antonio Real, F. José María Real, Fr. Miguel Muro, F. Francisco Sanchez, F. Trinidad Macías, F. Marcelo Velazco, F. N. Pedroza, F. N. Acosta. Fueron tambien como Visitadores los RR. PP. F. Francisco Flores y F. José María Flores. El primero habia estado muchos años antes en Boca de Leones.